

mente ésta, en la cual domina una comunicación continua de oficios que despiertan en ella la obligación y el recuerdo. Los estoicos dicen bien cuando sientan que hay conexión y relación tan grandes entre los filósofos, que quien almuerza en Francia sustenta á su compañero en Egipto; y que al extender tan sólo un dedo en cualquiera dirección, todos los sabios de la tierra habitable encuentran ayuda. El regocijo y la posesión pertenecen principalmente á la fantasía; ésta abraza con ardor y continuidad mayores lo que busca que lo que toca. Contad vuestros diarios entretenimientos, y reconoceréis encontraros más ausentes de vuestro amigo cuando le tenéis delante: su presencia debilita vuestra atención y procura libertad á vuestro espíritu de ausentarse constantemente y por cualquier causa. Desde Roma y más allá poseo yo y gobierno mi casa y las comodidades que dejé en ella: veo crecer mis murallas, mis árboles y mis rentas, y decrecer también, á dos dedos de proximidad, como cuando allí me encuentro:

Ante oculos errat domus, errat forma locorum ¹.

Si gozamos sólo de lo que tocamos, adiós nuestros escudos cuando los guardan nuestros cofres, y nuestros hijos si están de caza. Queremos tenerlos más á mano. ¿Están lejos, en el jardín? ¿A media jornada? Y á diez leguas, ¿están lejos, ó cerca? Si cerca, ¿qué pensáis de once, doce ó trece? contando paso á paso. En verdad entiendo que la que supiere prescribir á su marido «cuál de entre esos es el que limita las cercanías, y cuál el que la lejanía inaugura», le pararía los pies entre ambos:

Excludat iurgia finis...
Utor permissis; caudæque pilos ut equinæ
Paulatim vello, et demo unum, demo etiam unum,
Dum cadat elusus ratione ruentis acervi ²:

y que las mujeres llamen resueltamente la filosofía en su socorro, á la cual alguien podría echar en cara, puesto que no alcanza á ver ni el uno ni el otro extremo de la juntura entre lo mucho y lo poco, lo largo y lo corto, lo pesado y lo ligero, lo cerca y lo lejos, como tampoco reconoce el comienzo ni el fin, que juzga del medio inciertamente: *Rerum natura nullam nobis dedit cognitionem finium* ³. ¿No son las damas hasta mujeres y amigas de los muertos, quienes no están al fin de éste, sino del otro mundo? Nos-

1. Sin cesar permanecen ante mis ojos mi casa y todos los sitios que abandoné. OVIDIO, *Trist.*, III, 4, 37.

2. Decid un guarismo á fin de evitar toda discusión; de lo contrario, echaré mano de la amplitud que me dejáis, y así como arrancaría crin á crin todas las que forman la cola de un caballo, suprimiré una legua y luego otra hasta que ninguna os quede, y caigáis vencido por la fuerza de mi sorites. HORACIO, *Epist.*, II, 1, 38.

3. La naturaleza no consintió que conociéramos los límites de las cosas. CICERÓN, *Acad.*, II, 29.

otros abrazamos á los que fueron y á los que todavía no son, no menos que á los ausentes. No pactamos, al casarnos, mantenernos constantemente unidos por la cola el uno al otro, á la manera de no sé qué animalillos que vemos, ó cual los hechizados de Keranty ¹, por modo canino: y una mujer no debe tener los ojos glotonamente clavados en la delantera de su marido de tal suerte que no pueda ver la trasera, cuando llegue el caso. Estas palabras de aquel pintor tan excelente de los caprichos femeninos ², ¿no vendrían bien en este lugar para representar la causa de sus lamentos?

Uxor, si cesses, aut te amare cogitat,
Aut tete amari, aut potare, aut animo obsequi;
Et tibi bene esse soli, quum sibi sit male ³:

¿ó será quizás que la oposición y contradicción las alimentan y las nutre, y que se acomodan á maravilla siempre y cuando que os incomoden?

En la verdadera amistad (de la cual estoy bien penetrado), yo me consagro á mi amigo más que hacia mí le atraigo. No solamente prefiero mejor hacerle bien que recibirlo de él, sino que todavía estimo más que él se lo haga á sí propio que no á mí me lo procure: me proporciona la mayor suma de regocijo sólo en el segundo caso; y si la ausencia le es grata ó necesaria, ésta es para mí más dulce que su presencia, aun cuando no debe llamarse ausencia si hay medio de comunicarse. Antaño alcancé comodidad y ventaja de nuestra separación ⁴: cumplíamos mejor y dilatábamos más la pasión de la vida alejándonos: él vivía, disfrutaba; para mí veía, y yo para él, con plenitud igual que si en mi presencia hubiera estado. Una parte de nosotros permanecía ociosa cuando nos hallábamos juntos; entonces nos confundíamos: la separación del lugar convertía en más rica la conjunción de nuestras voluntades. Ese otro apetito insaciable de la presencia corporal acusa un tanto la debilidad en las delicias del comercio de las aimas.

Por lo que á la vejez respecta, y que con el viajar no se considera en armonía, yo no soy de este parecer; muy al contrario; á la juventud incumbe sujetarse á las opiniones comunes y el contraerse en provecho ajeno; puede ésta satisfacer á los dos juntos; á los otros y á sí misma; nosotros, ya ancianos, tenemos labor sobrada con atender á nuestra propia persona. A medida que las comodidades

1. *Karantia*, ciudad de la isla de Rugen, en el mar Báltico.

2. Terencio.

3. Os recogéis un poco tarde, pues al punto vuestra esposa se imagina que amáis á otra ó que por otra sois amado, que os disteis á la bebida ó que os divertís; en fin, que los buenos ratos son para vosotros y los malos para ella. TERENCIO, *Adelph.*, acto I, esc. I, v. 7.

4. Este pasaje se refiere á La Boétie.

naturales van faltándonos, vamos sosteniéndonos con el concurso de las artificiales. Es injusto excusar á la juventud de seguir sus placeres y prohibir á la vejez el buscarlos. Cuando joven, encubría yo mis pasiones revoltosas con la prudencia; ahora en la vejez alegro las pasiones tristes con el placer. También las leyes platónicas prohiben el peregrinar antes de los cuarenta ó cincuenta años, con el fin de hacer las andanzas más útiles é instructivas. De mejor grado apruebo yo otro segundo artículo de esas mismas leyes que los imposibilitan pasados los sesenta.

« Pero á tal edad, se me dice, nunca volveréis de una expedición tan larga. » ¿Y á mi que me importa? No la emprendo para regresar ni para completarla, sino tan sólo á fin de ponerme en movimiento; mientras éste dura, me complazco, y me paseo por pasearme. Los que corren en pos de un beneficio, ó de una liebre, hacen lo mismo que si no corrieran; aquellos solamente corren que sólo se proponen ejercitar su carrera. Mi designio es divisible en todos los respectos, y no se fundamenta en esperanzas grandes; cada jornada cumple su misión, y otro tanto acontece con el viaje de mi vida. He visto no obstante gran número de lugares apartados donde habría deseado que me hubieran detenido. ¿Y por qué no, si Crisipo, Cleanto, Diógenes, Zenón, Antipáter y tantos otros hombres que fueron el colmo de la cordura, que pertenecieron á la más rígida secta de la filosofía, abandonaron de buen grado su país sin que de él estuvieran disgustados, solamente por el disfrute de otros climas? En verdad diré que la contrariedad mayor de mis peregrinaciones es el que yo me vea imposibilitado de establecer mis lares en el lugar donde me plazca: y que la vuelta me sea siempre necesaria para acomodarme de nuevo á los caprichos comunes.

Si temiera morir lejos del lugar en que nací, si pensara acabar menos á mi gusto apartado de los míos, apenas pondría los pies fuera de Francia. No saldría sin horror de mi parroquia: siento á la muerte continuamente pellizcarme la garganta ó los riñones. Mas yo estoy de otro modo conformado, aguardola en igual textura en todas partes. Y si de todas suertes me fuese dable tomar posiciones, la recibiría mas bien á caballo que en el lecho, fuera de mi casa y lejos de mi gente. Hay más desolación que consuelo en despedirse de sus amigos: yo olvido muchas veces este deber de nuestro trato, pues entre todos los de la amistad éste es el único desagradable, y de la propia suerte olvidaría gustoso ese grande y eterno adiós. Si alguna ventaja se alcanza con la asistencia, surgen al par cien inconvenientes. Muchos moribundos vi lastimosamente cercados de todo ese cortejo, y esta muchedumbre los ahogaba. Se opone al deber que la afección impone y la testimonia escasa, lo mismo que el cuidado, el no dejaros

morir tranquilamente: uno atormenta vuestros ojos, otro vuestros oídos, otro vuestra boca y no hay sentido ni órgano que no os destruyan. La piedad oprime vuestro pecho al oír los lamentos de los amigos, y acaso á veces del despecho, al escuchar otros duelos simulados y ficticios. Quien siempre fué de complexión delicada y flaca lo es más aún en estos momentos supremos; en ellos le precisa una mano dulce y acomodada á su naturaleza, para que le rasque donde le pica, ó, si no, que se le deje en paz. Si hemos menester de partera para que nos ponga en el mundo, mayormente necesitamos de un hombre aun más competente para sacarnos de él. Aun amigo y todo, precisaría pagarle bien caro para el servicio en semejante trance. No llegué yo á ese vigor desdeñoso que consigo mismo se fortifica, al cual nada ayuda ni adultera; me encuentro un poco más bajo, y lo que pretendo es agazaparme y apartarme de este paso no por temor, sino por arte. A mi ver no es esta ocasión para probar ni hacer alarde de firmeza. ¿Y para quién? En ese momento acabará el interés todo que hacia la reputación puede moverme. Yo me conformo con una muerte recogida en sí misma, sosegada y solitaria, cabalmente mía, que concuerde con mi vida retirada y apartada; lo contrario de lo que pretendía la superstición romana, que consideraba desdichado al que moría sin hablar y sin tener á su lado á sus parientes y amigos para cerrarle los ojos. De sobra tengo que hacer con consolarme, sin necesidad de procurar consuelo á los demás; hartas ideas asaltan mi cabeza sin que en mi derredor los encuentre, y demasiadas cosas tengo en que pensar sin pedir las prestadas. Este tránsito no incumbe á la sociedad; es la acción de un solo personaje. Vivamos y riámonos entre los nuestros; vayamos á morir y á rechinar junto á los desconocidos. Pagándolo, encontraréis quien os vuelva de lado la cabeza y quien os frote los pies; quien os apriete como queráis, mostrándoos un semblante indiferente y dejando que á vuestro modo os gobernéis y os quejéis.

Por reflexión me descargo todos los días de ese humor inhumano y pueril que nos impulsa á conmovér al prójimo y á nuestros amigos con los males que padecemos. Hacemos saber demasiado nuestros achaques con el fin de atraer sus lágrimas, y la firmeza que alabamos en los demás al mantenerse enteros ante la fortuna adversa, la acusamos quejumbrosos ante nuestros parientes cuando á nosotros nos toca el turno: no nos basta que se resientan de nuestro mal, necesitamos también que se aflijan. Hay que sembrar el regocijo y arrinconar cuanto sea dable la tristeza. Quien sin justa causa suscita la compasión, se hace acreedor á no ser compadecido cuando de ello haya motivo verdadero; lamentarse siempre, es hacer sordo á todo el mundo, y echarlas constantemente de víctima es

no serlo para nadie. Quien se hace el muerto estando vivo está sujeto á ser tenido por vivo estando moribundo. Yo he visto á algunos montar en cólera por denunciar la salud en el semblante y tener el pulso reposado; contener la risa porque denunciaba su curación; odiar la salud en razón de no ser cosa lamentable, y sin embargo, los que así procedían no eran mujeres. Yo exteriorizo mis dolencias cuando más tales cuales son, evitando las palabras de mal augurio y las exclamaciones artificiales. Si no el regocijo, al menos el continente sosegado de los asistentes es adecuado junto á un hombre cuerdo que yace por la enfermedad apenado: por verse afligido no detesta la salud; plácele contemplarla en los demás, cabal y sólida, y gozar de ella siquiera por la compañía; por sentirse deshacer de arriba abajo no deshecha absolutamente en nada las ideas de la vida ni huye las conversaciones comunes. Yo quiero estudiar la enfermedad cuando me encuentro sano: al albergarse dentro de nosotros procura una sensación demasiado real sin que mi fantasía la ayude. De antemano nos preparamos en nuestros viajes, y á ellos nos resolvemos: la hora que nos precisa montar á caballo, dedicámosla á la asistencia, y en su beneficio la dilatamos.

Experimento yo con la publicación de mis costumbres el inesperado beneficio de que en algún modo me sirva de precepto; á veces se me ocurre pensar que no debo desmentir el pasado de mi vida. Esta pública declaración me fuerza á mantenerme en mi camino y á no desfigurarse la imagen de mis condiciones, comunmente menos adulteradas y contradichas de lo que las juzga la malignidad y enfermedad de la manera de ser de hoy. La uniformidad y sencillez de mis usos muestran un aspecto de fácil interpretación, pero como la manera de ser de los mismos es algo nueva y apartada de lo corriente, presta el lado flaco á la maleficencia. Así acontece que á quien me quiere abiertamente injuriar me parece proveerle suficientemente de lugar donde morder con mis imperfecciones confesadas y reconocidas, y hasta hacer que se harte sin dar el golpe en vago. Si por prevenir yo mismo la acusación y el descubrimiento entiendo que pretendo desdentar su mordedura, es razón que encamine su derecho hacia la ampliación y la extensión (la ofensa tiene los suyos, que se dilatan mas allá de lo que la justicia aconseja); y que los vicios, de los cuales muestre la raíz, los abulte hasta convertirlos en árboles; que saque á la superficie no sólo los que me poseen, sino también los que me amenazan, injuriosos todos en calidad y en número; y que escudado en ellos me vengza. De buen grado abrazaría yo el ejemplo de Bión; Antigono pretendía menospreciarle á causa de su origen, y el filósofo le cerró el pico diciéndole: « Soy hijo de un sier-

vo, carnicero de oficio, estigmatizado, y de una prostituta con quien mi padre casó merced á la bajeza de su fortuna: ambos fueron castigados por no sé qué delitos. Un orador me compró cuando niño, por encontrarme hermoso y agradable, y me dejó al morir todos sus bienes, los cuales trasladé á esta ciudad de Atenas para consagrarme á la filosofía. Que los historiadores no se embaracen buscando nuevas de mi persona: yo les diré la verdad monda y lironda.» La confesión generosa y libre enerva la censura y desarma la injuria. Todo puesto en la balanza, entiendo que con igual frecuencia se me alaba injustamente que se me menosprecia por el mismo tenor; y me parece también que desde mi infancia en rango y en grado honoríficos se me colocó más bien por cima que por bajo de lo que me corresponde. Hallárame más á gusto en el lugar donde estas miras fuesen mejor equiparadas, ó bien echadas á un lado. Entre hombres, tan luego como la altercación de la prerrogativa en el marchar ó en el sentarse pasa de la tercera réplica, toca ya con lo inurbano. Yo no temo ceder ó proceder indebidamente por escapar á los trámites de una tan importuna cuestión; y nunca hubo nadie que deseara la prioridad á quien yo no se la cediese incontinenti.

Á más de este provecho que yo saco escribiendo de mí mismo, aguardo también este otro: si sucediera que mis humores placieran y estuvieran en armonía con los de algún hombre cumplido, antes de mi muerte, éste buscaría nuestra unión. Con mi relación le doy mucho terreno ganado, pues todo cuanto un dilatado conocimiento y familiaridad pudiera procurarle en varios años, lo ha visto en tres días en este registro, y con mayor seguridad y exactitud. ¡Cosa extraña! Muchas cosas que no quisiera decir en privado se las digo al público; y para todo cuanto se refiere á mi ciencia más oculta y á mis pensamientos más recónditos envío á la tienda del librero á mis amigos más leales:

Excutienda damus præcordia ¹.

Si con tan infalibles señas supiera yo de alguien que se acomodara á mi modo de ser, en verdad digo que le iría á buscar bien lejos, donde se encontrare, pues la dulzura de una adecuada y grata compañía no puede pagarse nunca sobrado cara. ¡Ah, un amigo! ¡Cuán verdadera es la sentencia antigua que declara el encontrarlo « más necesario y más gustoso que el uso de los dos elementos, agua y fuego »!

Y volviendo á lo que decía de la muerte, diré que no es malo morir lejos y aparte. Por eso consideramos como un deber el retirarnos para ejecutar algunas acciones natura-

1. Entregamos á su examen los secretos más íntimos de nuestro pecho. PERSIO, V. 22.

les menos desdichadas que aquella y menos odiosas. Pero aun los que llegan al extremo de arrastrar languideciendo un largo período de vida no debieran acaso embarazar con su miseria á una familia numerosa; por lo cual los indios, en cierta región, estimaban equitativo dar muerte al que habia ido á caer en la proximidad de tal estado. En otra de sus provincias le abandonaban, dejándole solo, á fin de que se salvase como pudiera. ¿Para quién no son al fin cargantes é insoportables los achacosos? Los deberes comunes no imponen tanto sacrificio. Necesariamente enseñáis á ser crueles á vuestros mejores amigos, endureciendo al par el ánimo de vuestra mujer y el de vuestros hijos con el continuo lamentaros, hasta mirar con indiferencia vuestros males. Los suspiros que mi cólico me arranca dejan ya á todo el mundo tan tranquilo. Y aun cuando alcanzáramos algún regocijo con la conversación de los demás, lo cual no sucede siempre á causa de la disparidad de condiciones, que acarrea casi de ordinario menosprecio ó envidia hacia los otros, cualesquiera que sean, ¿no es un colmo abusar así del prójimo durante toda una eternidad? Cuanto más yo los vea compadecerse sinceramente de mi estado, más lamentaré su pena. Lícito nos es apoyarnos, mas no echarnos encima tan pesadamente sobre nuestros semejantes apuntándonos con su ruina; como aquel que hacia degollar á los pequeñuelos para con su sangre curarse la enfermedad que padecía, ó como aquel otro á quien se proveía de tiernas jóvenes para que por la noche incubaran sus viejos miembros y mezclaran la dulzura de sus alientos con el suyo, acre y cansado. La decrepitud es cualidad solitaria. Yo soy sociable hasta el exceso, y sin embargo reconozco sensato el sustraerme en adelante de la vista del mundo, con objeto de guardar la importunidad para mí solo y de incubarla sin testigos; es ya necesario que me pliegue y me recoja en mi concha, como las tortugas; que aprenda á ver á los hombres sin ligarme á ellos. Los ultrajaría en un paso tan resbaladizo; llegó la hora de volver la espalda á la compañía.

« Pero en esos viajes, se me dirá, os veréis obligado á deteneros lastimosamente en una perrera, donde todo os faltará. » Yo llevo conmigo la mayor parte de las cosas necesarias; además, nunca seremos capaces de evitar la desdicha cuando corre tras de nosotros. Nada he menester de extraordinario cuando estoy enfermo: aquello que la naturaleza sola no puede en mí no quiero que corra de cuenta de las drogas. En los albores de las fiebres y enfermedades que me derriban, con fuerzas todavía cabales, y en un estado vecino de la salud, me reconcilio con Dios para cumplir mis últimos cristianos deberes, y así me encuentro más libre y descargado, pareciéndome estar de este modo tanto más resistente para soportar el mal. Notarios y testamen-

tarios menos necesito que galenos. Lo que bueno y sano no decidí de mis asuntos no se espere que lo solvente estando enfermo. Aquello que quiero poner en práctica para la hora de la muerte está siempre ejecutado de antemano; no sería capaz de retardarlo ni un solo día: y en lo que nada haya hecho, quiere decir que la duda dilató mi designio (pues á veces es bien elegir el no elegir nada), ó que nada quise que se hiciera.

Yo escribo mi libro para pocos hombres y para pocos años. Si se hubiera tratado de un asunto de los que duran y persisten, habria sido preciso emplear en él un lenguaje menos descosido. A juzgar por la continua mudanza que el nuestro experimentó hasta hoy, ¿quién puede esperar que su forma actual esté en uso de aquí á cincuenta años? Todos los días se desliza de nuestras manos, y desde que yo vine al mundo modificóse por lo menos en la mitad. Decimos nosotros que ahora es ya perfecto: otro tanto dijo del suyo cada siglo. Yo no cuido de sujetarle mientras huya y vaya deformándose como se deforma. A los buenos y provechosos escritos corresponde sujetarlo, y su crédito marchará al par de la fortuna de nuestro Estado. Sin embargo, no reparo en insertar aquí muchas expresiones que sólo los hombres de hoy emplean, y que incumben á la competencia particular de algunos, los cuales verán en ellas con mayor intensidad que los de común inteligencia. Después de todo, no quiero yo (como veo que ocurre á cada paso cuando se trata de la memoria de los muertos) que se ande con disquisiciones, diciendo: « Juzgaba ó vivía así; quería esto; si hacia su fin hubiera hablado, hubiera dicho, hubiera hecho: yo le conocía mejor que nadie. » Ahora bien, cuanto los miramientos me lo consienten hago yo aquí sentir mis inclinaciones y afecciones; pero más libremente y de mejor grado las expreso de palabra á quien quiera que de ellas desea ser informado. Tanto es así que en estas memorias, si despacio se repara, encontrarás que lo dije todo ó todo lo designé: lo que no pude formular lo mostré con el dedo:

Verum animo satis hæc vestigia parva sagaci
Sunt, per quæ possis cognoscere cetera tute ¹.

Yo no dejo nada que desear y adivinar de mí. Si sobre mí ha de hablarse, quiero que se hable verdadera y justamente: muy gustoso volvería del otro mundo para desmentir á quien me haga otro distinto de como fui, aun cuando fuese para honrarme. Hasta de los vivos oigo que se los trata siempre diferentemente de como son; y si á viva fuerza no hubiera yo restablecido el natural de un amigo que perdí,

1. Estos ligeros vestigios bastarán á un espíritu sagaz para adivinar el resto. LUCRECIO, I, 403.

me lo hubieran desgarrado en mil contrarios semblantes.

Para concluir de explicar mis débiles humores, confesaré que, cuando viajo, apenas llegado á un albergue asaltan mi fantasía las ideas de si podré caer enfermo; y si muero, si me será dable acabar á mi gusto. Quiero estar alojado en lugar que se acomode con mis caprichos, sin ruido, apartado, que no sea triste, obscuro ó de atmósfera densa. Quiero yo acariciar la muerte, con estos frívolos pormenores, ó por mejor decir, descargarme de todo embarazo distinto de ella, á fin de aguardarla sola, pues sin duda me pesará de sobra sin el arrimo de otra carga. Quiero que tenga su parte en la facilidad y comodidad de mi vida: de ella es la muerte un gran pellizco, y espero que en adelante no desmentirá el pasado de mi existencia. La muerte tiene maneras más fáciles las unas que las otras, y adopta cualidades diversas según la fantasía de cada cual: entre las naturales, la que proviene de debilidad y amodorramiento me parece dulce y blanda. Entre las violentas, imagino más penoso un precipicio que un desplome que me aplaste, y una estocada que un arcabuzazo; hubiera mejor absorbido el brebaje de Sócrates que soportado el golpe que Catón se suministró; y aun cuando todo ello sea la misma cosa, mi espíritu, sin embargo, establece diferencias, cual de la muerte á la vida, entre lanzarme en un horno candente ó en el cauce sosegado de un manso río: ¡tan torpemente nuestro temor mira más al medio que al efecto! La cosa en un instante acontece, pero éste es de tal magnitud, que yo daría de buena gana algunos días de mi vida porque á mi albedrío se deslizara. Puesto que la fantasía de cada uno reconoce el más ó el menos en el agrior de la muerte según su naturaleza, puesto que cada cual encuentra algún medio de elección entre las maneras de morir, ensayemos un poco más antes de descubrir alguna no exenta de todo placer. ¿No podríamos convertirla hasta en voluptuosa, como los *Conmorientes*¹ de Antonio y Cleopatra? Dejo á un lado los esfuerzos que la filosofía y la religión procuran, por demasiado rudos y ejemplares, pero hasta entre los hombres de poca cosa hubo algunos en Roma, como un Petronio y un Tigelino, que obligados á darse la muerte diríase que la adormecieron merced á la blandura de sus aprestos; hicieronla escurrir y deslizar entre el descuido de sus pasatiempos acostumbrados, en medio de muchachuelas y alegres compañeros; ninguna palabra de consuelo, ninguna mención de testamentos, ninguna afectación ambiciosa de firmeza, ninguna reflexión sobre lo que después vendría: acabaron entre juegos, festines, bromas, conversaciones corrientes y ordinarias, músicas y

1. Montaigne alude aquí á la «cofradía» que instituyeron Cleopatra y Marco Antonio después de la batalla de Accio. Los que de ella formaban parte se comprometían á morir juntos. J. V. L.

versos amorosos. ¿No podríamos nosotros imitar resolución semejante con más honesto continente? Puesto que hay muertes buenas para los locos y para los cuerdos, sepamos hallarlas adecuadas para los que figuran en el término medio. Muéstrame mi fantasía alguna cuyo semblante no es adusto, y puesto que el morir es de necesidad, deseable. Los tiranos romanos creían dar la vida al criminal á quien otorgaban la elección de su muerte. Mas Teofrasto, filósofo tan fino, modesto y sabio, ¿no se vió impulsado por la razón á osar escribir esta máxima, latinizada por el orador romano?

Vitam regit fortuna, non sapientia¹.

La ventura ayuda á la facilidad del acabar de mi vida, habiéndomela dispuesto de tal suerte, que en lo venidero ni á mis gentes precisa, ni tampoco les estorba. Es ésta una condición que hubiera yo aceptado en cada uno de los años que viví, mas ahora que el momento de liar las hártulos se acerca me es particularmente grato el no ocasionar á nadie placer ni dolor cuando me vaya. Hizo mi buen sino, merced á una compensación habilísima, que los que pueden pretender algún fruto material con mi desaparición recibirán juntamente una pérdida. La muerte nos apesadumbra á veces porque á los demás ocasiona duelo, y nos inquieta por el interés de otros casi tanto como por el nuestro, y más también en ocasiones.

En esa comodidad de alojamiento que anhelo, no busco la pompa ni la amplitud (más bien detesto ambas cosas), sino cierto sencillo aseo que con mayor frecuencia se encuentra en los lugares donde hay menos arte y á los cuales la naturaleza embellece con alguna gracia toda suya. *Non ampliter sed munditer convivium. Plus satis, quam sump-tus*². Además, incumbe á quienes los negocios arrastran en pleno invierno por los Grisones el ser sorprendidos en el camino en esa estación rigorosa; yo que casi siempre viajo por capricho, no me oriento tan malamente; si hace mal tiempo á la derecha, me encamino hacia la izquierda; si no estoy en buena disposición para montar á caballo, me detengo, y procediendo siempre de este modo con nada tropiezo, en verdad, que no me sea tan grato y cómodo como si en mi misma casa estuviera. Verdad es que lo superfluo siempre como tal lo considero, y echo de ver el embarazo que ocasionan hasta la delicadeza y la abundancia. Cuando me dejé algo que ver detrás de mí, vuelvo allá: es siempre mi camino, pues no trazo, para seguirle, ninguna línea determinada, ni recta ni curva. Cuando no hallé, donde fui,

1. Más bien que la prudencia el acaso gobierna nuestra vida. CICERÓN, *Tusc. Quæst.*, V. 3.

2. Una comida en que reine el aseo mejor que la abundancia; más agradable que fastuosa.

lo que se me había dicho, como ocurre con frecuencia que los juicios ajenos no concuerdan con los míos, más bien encontré aquéllos falsos, no lamento la molestia, aprendo que no hay nada de lo que se decía y todo va á maravilla.

La complexión de mi cuerpo es liberal, y mis gustos comunes tanto como los de el que más; la diversidad de formas de una nación á otra no me respecta sino por el placer que la variedad procura; cada usanza tiene su razón de ser. Ya sean los platos de estaño, madera ó loza; ya sea guisado ó asado; manteca ó aceite (de nueces ó de oliva); caliente ó frío, todo me es igual; tan igual, que sólo envejeciendo puedo acusar esta generosa facultad, hasta el extremo de haber menester que la delicadeza y la elección detuvieran la indiscreción de mi apetito, y á veces también aliviaran mi estómago. Al encontrarme fuera de Francia, y en ocasiones en que para serme grato se quería comer á la francesa, me rei de la oferta lanzándome siempre en las mesas más repletas de extranjeros. Me avergüenza el ver á nuestros hombres desvanecidos con ese torpe humor que los espanta cuando ven algo contrario de lo habitual; parecen que se hallan fuera de su elemento cuando se ven fuera de su pueblo; adonde quiera que vayan, á sus costumbres se atienden y abominan de las extrañas. ¿Tropiezan con un compatriota en Hungría? pues festejan esta aventura uniéndose y cosiéndose el uno al otro para condenar tantas costumbres bárbaras como desfilan ante sus ojos; ¿y por qué no bárbaras, puesto que no son francesas? Y todavía debemos alabar la habilidad de éstos que las reconocieron para condenarlas. La mayor parte no toman el camino de la ida sino para seguirle á la vuelta; viajan cubiertos, y constreñidos en una prudencia taciturna é incomunicable, defendiéndose del contagio de un cielo ignorado. Lo que dije de los primeros trae á mi memoria un hecho semejante, ó sea o que he advertido en algunos de nuestros jóvenes cortesanos, quienes no paran mientes sino en los hombres de su categoría, considerándonos á los demás como gente del otro mundo, piadosa ó desdeñosamente. Quitadles sus conversaciones sobre los misterios de la corte y en todo lo otro están *in albis*; tan nuevos para nosotros y tan desdichados como nosotros para ellos. Con harta razón se dice que el varón cumplido debe ser hombre complejo. Yo, por el contrario, peregrino harto de nuestros modales, y no para buscar gascones en Sicilia, que bastantes dejé en mi casa; busco más bien griegos y persas; me acerco á ellos y los considero, á lo cual me presto y empleo gustoso. Diré más aún, pareceme que apenas encontré costumbres que no valgan lo que las nuestras valen; poca influencia ejercen, sin embargo, sobre mí: tan poco ha que perdí de vista las veletas de mi castillo.

Por lo demás, la mayor parte de las compañías fortuitas

con que tropezáis en el camino os procuran mayor incomodidad que placer; yo no me sujeto á ninguna y menos á esta hora en que la vejez me particulariza y secuestra en algún modo de las usanzas comunes. Os imponéis sacrificios por otro, ú otro por vosotros; ambas contrariedades son dolorosas, pero la segunda es todavía más dura que la primera. Es una fortuna rara, mas de inestimable alivio, el tener á mano un hombre bueno, de entendimiento firme y costumbres conformes á las vuestras, que guste seguiros: de él he sentido extrema falta en todos mis viajes. Mas semejante compañía precisa haberla escogido y ganado desde la propia casa. Ningún placer tiene sabor para mí si no hallo á quien comunicárselo, ni siquiera un pensamiento alegre acude á mi alma que no me contrarie haber producido solo, sin tener á nadie á quien ofrecérselo: *Si cum hac exceptione detur sapientia, ut illam inclusam teneam, nec enuntiem rejiciam*¹. Cicerón hizo subir esta idea algunos grados más: *Si contigerit ea vita sapienti, ut in omnium rerum affluentibus copiis, quamvis omnia, que cognitione digna sunt, summo otio secum ipse consideret et contempletur; tamen, si solitudo tanta sit, ut hominem videre non possit, excedat e vita*². La opinión de Architas me place, pues decía « que aun por el cielo mismo sería ingrato el pasearse, en medio de aquellos grandes y divinos cuerpos celestes, sin la asistencia de un compañero ». Pero vale más estar solo que en compañía aburrida é inepta. Aristipo gustaba vivir en todas partes como un extraño:

Me si fata meis paterentur ducere vitam
Auspiciis³,

mejor pasaría yo la existencia con el culo en el sillico.

Visere gestiens
Qua parte debacchentur ignes,
Qua nebulae, pluvii que rores⁴.

Pero se me repondrá: « ¿No tenéis pasatiempos más gustosos? ¿Qué echáis de menos? ¿Vuestra casa, no está bien situada en punto á clima? ¿No es sana, suficientemente provista y capaz de bienestar más que suficientemente? La majestad real se ha hospedado más de una vez en ella, con toda su pompa. ¿Vuestra familia no se coloca en la disposición de las cosas más bien por bajo que por

1. Si la sapiencia me ofrecieran á condición de tenerla guardada, sin poder comunicársela á nadie, la desearía. SENECA, *Epist.* 6.

2. Suponed al sabio abundantemente provisto de todas las cosas necesarias, dueño de contemplar y estudiar á su albedrío cuanto es digno de ser conocido, mas de soledad tan grande rodeado que con nadie se relacione, y al punto solicitará el abandono de la vida. CICERÓN, *de Offic.* I, 43.

3. Si el destino me consintiera conforme á mis deseos; asar mi vida. VIRGILIO, *Eneid.*, IV, 340.

4. Visitaría las regiones que el sol abrasa con sus rayos; contemplaría las en que se forman las nubes y el rocío. HORACIO, III, 3, 54.

cima de su rango? ¿Hay aquí algún pensamiento local que os ulcere, ó alguna cosa que para vosotros sea extraordinaria ó indigesta?

Quæ te nunc coquat et vexet sub pectore fixa ¹?

Dónde pensáis poder vivir sin impedimento ni embarazos? *Nunquam simpliciter fortuna indulget* ². Ved, pues que sólo vosotros os atormentáis; y como os seguiréis por todas partes, por todas partes os quejaréis, pues no hay satisfacción aquí bajo sino para las almas bestiales ó divinas. Quien con tan justos medios no alcanza su contentamiento, ¿dónde piensa encontrarlo? ¿A cuántos millares de hombres no detiene los deseos una condición como la vuestra? Reformaos nada más, pues en este extremo todo lo podéis, mientras que á la suerte sólo de oponer seréis capaz la paciencia: *nulla placida quies est, nisi quam ratio composuit* ³.

Yo veo la razón de esta advertencia, y la veo muy bien pero más eficaz y pertinente sería decirme en una palabra. «Sed cuerdo.» Esta resolución está más allá de la prudencia; es la obra de ella y su resultado: hace lo propio el médico que va aturdiendo al pobre enfermo, cuya vida se apaga, diciéndole «que se regocije». Aconsejaríale menos torpemente se le dijera: «Vivid sano.» Por lo que á mi toca, yo no soy sino un hombre como todos los otros. Es un precepto saludable, seguro y de comprensión holgada el «Contentaos con la vuestra», es decir, con la razón; la ejecución, sin embargo, no está á la mano ni siquiera de los que me aventajan en prudencia. Es un decir vulgar, pero de terrible alcance, pues en verdad, ¿qué no comprende? Todas las cosas caen bajo el dominio de la discreción y la medida. Yo bien sé que interpretándolo á la letra este placer de viajar es testimonio de inquietud é irresolución, que no en vano son ambas cosas nuestras cualidades primordiales y predominantes. Sí, lo confieso, yo no veo nada, ni siquiera en sueños ni por deseo fantástico, donde pudiera detenerme; sólo la variedad me satisface y la posesión de la diversidad, y esto si alguna cosa me satisface. En el viajar me alimenta la idea misma de que puedo detenerme sin que tenga interés en hacerlo y el ser dueño de partir para encaminarme á otro lugar. Gusto de la vida privada por haberla elegido de mi propio, no por disconvenir con la pública, que quizás esté tan en armonía como la otra con mi complexión; en ésta sirvo más gratamente á

1. Que oculto en vuestro corazón os consume y os corroe. *Ennius apud Ciceronem de Senectute*, c. 1.

2. Los favores de la fortuna no se gozan nunca puros. *QUINTO CURCIO* IV. 14.

3. La placidez verdadera es aquella que la razón nos procura. *SÉNeca* *Epist.* 53.

mi príncipe, porque lo hago mediante la libre elección de mi juicio y de mi razón, sin obligación particular que á él me ligue, pues á ello no fui lanzado ni obligado por no ser de recibo en cualquiera otro partido, ó detestado, y así en todo lo demás. Odio los trozos que la necesidad me corta, toda ventaja ó comodidad me ahogaría, de la cual solamente tuviera que depender:

Alter remus aquas, alter mihi radat arenas ⁴:

una sola cuerda nunca me amarra bastante. Hay vanidad, decís, en esta distracción. Mas ¿dónde no la hay? Y esos hermosos preceptos ¿no son vanos? Y vanidad la sabiduría toda: *Dominus novit cogitationes sapientium, quoniam vane sunt* ⁵. Esas sutilezas exquisitas no son propias sino para predicadas: son discursos que quieren encasquetarnos completamente albardados en el otro mundo. La vida es un movimiento material y corporal, acción desordenada é imperfecta por su propia esencia: yo me empleo en servirla según su propia naturaleza:

Quisque suos patimur manes ⁶.

Sic est faciendum, ut contra naturam universam nihil contendamus; ea tamen conservata, propriam sequamur ⁷. ¿A qué vienen esos rasgos agudos y elevados de la filosofía, sobre los cuales ningún ser humano puede asentarse, y esos preceptos que superan nuestras costumbres y nuestras fuerzas?

Yo veo que á menudo se nos presentan ejemplos de vida, los cuales, ni el que nos los propone ni las gentes tienen la esperanza remota de seguir, ni deseo tampoco, lo que es más grave. De ese mismo papel donde acaba de escribir la sentencia condenando á un adúltero, el juez arranca un pedazo para escribir una misiva amorosa á la mujer de su compañero: la propia mujer con quien acabáis de restregaros, ilícitamente, gritará luego con mayor rudeza en vuestras barbas contra delito idéntico en su compañera, y con arrogancia mayor que Porcia. Tal condena á muerte á un hombre por crímenes que ni siquiera como faltas considera. En mi juventud vi á un probo caballero presentar al pueblo con una mano excelentes versos en belleza y desbordamiento, y con la otra, en el mismo instante, la más refinada reforma teológica con que el mundo se haya desayunado de largo tiempo acá. Los hom

1. Que uno de mis remos sacuda las olas y el otro la arena de la playa. *PROPERCIO*, III, 3, 23.

2. El Señor sabe que los pensamientos de los sabios no son más que vanidad. *Ps.* 93, v. 11; y *Corint.*, 1, 3, 20.

3. Cada cual experimenta su expiación. *VIRGILIO*, *Encid.*, VI, 743.

4. Debemos obrar de tal suerte que sin contravenir jamás las leyes generales de naturaleza sigamos la nuestra peculiar. *CICERÓN*, *de Offic.*, I, 31.